

monumento que siguió á su aparición, marcan el punto dominante de la vida de Madama de Staël. Toda vida humana un poco grande, tiene su colina sagrada; toda existencia que ha brillado y reinado tiene su *Capitolio*. El Capitolio, el cabo Misene de *Corina*, es también el de Madama de Staël. A partir de aquella época, el resto de juventud que se marchitaba, las persecuciones crecientes, las amistades fallidas unas y enfriadas otras, y, finalmente, la enfermedad, contribuyeron, como veremos, al mismo tiempo que maduraban su cerebro, á que el genio majestuoso y coronado entrase en los años sombríos. A partir de 1811, sobre todo, mirando al fondo del pensamiento de Madama de Staël, descubrimos por grados el recogimiento que la religión procura, el dolor la fuerza contenida; y esta alma, hasta entonces violenta como un Océano, sumisa también como él, y sujetándose con esfuerzos y con méritos á sus límites. Veremos, al final de esta marcha triunfal, como en las más humildes y piadosas, veremos una cruz. Pero, al salir de estos ensueños sentimentales de las esperanzas y de las decepciones novelescas, nos encontramos en los años de plena acción y de triunfo.

Si el libro *La Literatura* produjo tal efecto, la novela *Delfina*, publicada en 1802, no la produjo menor. Pensamos en lo que debía ser esta lectura en una sociedad exaltada por las vicisitudes, cuando el *Genio del Cristianismo* acababa de poner á discusión las cuestiones religiosas, hacia la época del Concordato y de la modificación de la ley sobre el divorcio! Benjamin Constant ha dicho que acaso en las páginas consagradas á su padre son en las que Madama de Staël se muestra tal como era; pero esto lo pensamos siempre al leer un libro de ella; en el último que leemos es donde creemos verla mejor retratada. Pero, no obstante, creo que en el libro de *Delfina* es en el que acertamos más. « *Corina* — dice Madama Necker de Saussure — es el ideal de Madama de Stael, y *Delfina* es la realidad durante su juventud. » *Delfina*, para Madama de Staël,

era la emocionante personificación de sus años de puro sentimentalismo y de ternura en el momento en que de tales bagajes se deslucía; un último y desgarrador adiós al pasado, un comienzo del reinado público, la entrada de su gloria y el principio de su representación europea, alguna estatua de Ariana perdida.

En *Delfina*, la escritora ha querido hacer una novela naturalista, de análisis, de observación moral y de pasiones. Para mí, aun pareciéndome deliciosas casi todas sus páginas, no llega á ser una novela tan naturalista tan real como yo desearía y como la había hecho esperar la propia Madama de Staël en el *Ensayo sobre las Ficciones*. Hay algunos defectos de la *Nueva Eloísa* y esa forma de cartas excesivamente literario. Uno de los inconvenientes de la novelas por cartas, es el de hacer adoptar á los personajes un tono demasiado de acuerdo con el carácter que se les atribuye. En la primera carta de Matilde, es preciso que su agrio y seco carácter se dibuje, y la vemos rígida ante la devoción. Temiendo que nos equivoquemos, *Delfina* le contesta hablándole de esa regla rigurosa, necesaria acaso á un carácter menos dulce. Estas cosas no las escriben desde un principio personas que conocen las costumbres de la sociedad como *Delfina* y *Matilde*. Leoncio, desde su primera carta á M. Barton, diserta de lleno sobre el prejuicio del honor, que es su carácter peculiar. Estos rasgos no se dibujan en la realidad más que á medida que se suceden los hechos. Lo contrario llevó á la novela más arrebatadora un tono de convencionalismo; y así, en la *Nueva Eloísa*, todas las cartas de Clara de Orbe son forzosamente risueñas y alocadas, y desde la primera línea el regocijo es de rigor. En una palabra, los personajes de las novelas por carta, en el momento en que toman la pluma, se miran constantemente para presentarse al lector en las actitudes más expresivas y según los perfiles más significativos. Esto hace que parezcan grupos entonados, hinchados, clásicos, á menos que no se adopte la profusión y la lentitud, como ocurre en *Clarisa*. Añadid la necesaria

inverosimilitud, muy perjudicial para la emoción, de que los personajes se encierran para escribir aun cuando no tengan ni ganas ni tiempo para ello, cuando están en la cama y cuando acaban de sufrir un síncope, etc., etc. Pero una vez aceptado este defecto de forma en *Delfina*, ¡ cuánta delicadeza y cuánta pasión encontramos en el conjunto! ¡ Cuánta sensibilidad y qué penetración de los caracteres! A propósito de los caracteres, observemos que en aquellos tiempos era muy difícil que un autor se abstuviese de hacer los retratos de los personajes. Yo no veo apenas en los retratos de imaginación fecunda, que sean realmente copia fiel; no hallamos más que algunos trazos más ó menos numerosos, los cuales, al formar el conjunto con el resto, se transforman. El autor debía limitarse á indicar si la línea en donde se reúnen su invención y su recuerdo; pero, entonces, debe buscar y nombrar para cada figura un modelo. Si *Delfina* se parecía tanto á *Madama de Staël*, ¿ á quiénes se parecían, si no el imaginado *Leoncio*, al menos *M. de Lebensei*, *Madama de Cerlebe*, *Matilde* y *Madama de Vernón*? Alguien ha creído encontrar la *Madama de Cerlebe* por su gusto por la vida doméstica, por la uniformidad de sus actos, por las infinitas alegrías que sentía en la educación de sus hijos, semejanza con *Madama Nécker de Saussure*. En *M. de Lebensei*, el gentilhomme de costumbres inglesas, *el hombre más notable por un talento que es difícil de encontrar*, han creído algunos hallar un gran parecido con *Benjamin Constant*; pero si esto fuese cierto, no lo sería más que en las partes brillantes; y una mitad, por lo menos, de las alabanzas acordadas á las buenas cualidades de *M. de Lebensei*, no podrían ser destinadas al original más que á título de consejos (1). En cuanto á *Madama de Vernón*, el tipo mejor trazado del libro, según *Chenier* y todos los críticos, es el retrato disfrazado de mujer de uno de nuestros más famosos políticos, de aquel cuyo nombre *Madame de Staël* hizo borrar

(1) La otra mitad del carácter de *M. de Lebensei* se parece á *M. de Jaucourt*.

el primero de la lista de los emigrados y que ella ayudó á llegar al poder antes del 18 fructidor, quien á su vez no le pagó esta actividad calurosa, sino con un egoísmo encubierto con delicadeza. Ya, cuando escribía *Delfina*, había tenido lugar este incidente de la comida que se menciona en los *Diez años de Destierro*: « El día — dice *Madama de Staël* — en que uno de mis amigos dió la señal de oposición en el Tribunal, yo debía reunir en mi casa á varias personas cuya compañía me agradaba mucho, pero que todas eran defensoras del nuevo Gobierno. A las cinco recibí diez cartas excusándose; la primera no me extrañó y ni aun la segunda; pero, á medida que fueron llegando, empecé á turbarme. » El hombre á quien ella había servido tan generosamente se alejaba entonces con una carta muy atenta, de esas en las que nos excusamos de no asistir á una comida. Admitido en el poder, no se preocupó de defender á la que bien pronto iban á desterrar. ¡ Qué sabemos! Acaso la justificaban ante el Héroe; pero de esa manera vaga en que *Madama de Vernón* justificaba á *Delfina* ante los ojos de *Leoncio*. *Madama de Staël*, como *Delfina*, no pudo vivir sin perdonar, y desde Viena, en 1808, se dirigía á éste como á un antiguo, amigo sobre el que se cuenta, y le recordaba sin amargura el pasado: « Vos me escribáis desde América hace trece años: *Si paso un año más aquí, me muero*. Yo podría decir otro tanto; aquí en el extranjero sucumbo. » Y añadía estas palabras, tan llenas de tristeza demente: « Adiós; ¿ sois dichoso? Con un talento tan superior; ¿ no llegáis algunas veces hasta el fondo de todo; es decir; hasta la pena? » Pero sin atrevernos á decir que *Madama de Vernón* sea en todo el retrato ligeramente disfrazado; sin querer identificar demasiado con el modelo en cuestión á esta mujer hábil, cuya amabilidad seductora no deja atrás sino impresiones amargas y descontento, á esta mujer de conducta tan complicada y de conversación tan sencilla que hace atrayentes disertaciones y algo de ensueño en el silencio, que no tiene ingenio más que

para hablar y no para leer ni para reflexión, y que jugando se libra del aburrimiento, sin ir tan lejos, no podemos pasar sin observarlo un trazo más inocente: « Nadie sabe mejor que yo — dice Madama de Vernón (carta XXVIII, primera parte), — hacer uso de la indolencia; me sirve para derrotar la actividad de los demás. Durante mi vida no han sido cuatro veces siquiera las que me he tomado el trabajo de querer una cosa; pero cuando me he decidido á algo, aun cuando me valga fatiga, nada es obstáculo para mí, y podéis estar seguro de que lo logro. » Yo veía en esta frase un rayo aplicable á la indolencia hábil del personaje tan preconizado, cuando una tarde oí á un diplomático de mucho ingenio contestar á quien le preguntaba si iría pronto á ocupar su puesto, « que no tenía prisa, que esperaba ». « Era muy joven todavía — añadió — cuando M. Talleyrand me dijo como instrucciones esenciales de mi conducta: *No tengáis celo.* » ¿ No véis ahí toda la teoría de Madama de Verón?

Puesto que estamos en lo que puede haber de rasgos naturales en *Delfina*, no olvidemos uno, entre otros, que revela desnuda el alma abnegada de Madama de Staël. En el desenlace de *Delfina* (hablo del desenlace primitivo, que es el más hermoso), cuando la heroína, después de haber agotado todas las súplicas ante el juez de Leoncio, sabe que el hijo del magistrado está enfermo, exclama en un grito sublime: ¡ Pues bien, vuestro hijo, si Leoncio es entregado al tribunal, vuestro hijo morirá, morirá! » Esta frase de *Delfina* la pronunció realmente Madama de Staël cuando á consecuencia del 18 fructidor corrió cerca del general Lemoine para pedirle gracia en favor de un muchacho que sabía en peligro de ser fusilado y que no era otro que M. de Norvins. El sentimiento humanitario dominaba impetuosamente en su corazón, el cual una vez alarmado, no la dejaba tregua. En 1802, inquieta por la suerte de Chenier, amenazado de ser proscrito, corrió á su casa una mañana muy temprano para

ofrecerle asilo, dinero, pasaporte (1). ¡ Cuántas veces en 1792 y en toda época no se mostró así! « Mis opiniones políticas tienen nombres propios, » decía. ¡ No!... Sus opiniones políticas eran principios esenciales, pero los nombres propios, es decir, las personas, los amigos, los desconocidos, todo aquel que vivía y sufría, entraba en cuenta en su generoso pensamiento y olvidaba lo que es un principio abstracto de justicia delante de lo que atraía su simpatía.

Cuando apareció *Delfina*, la crítica no pudo contenerse, pues en ella encontró un rico filón. Todas estas opiniones sobre política, sobre religión, sobre el matrimonio, fechadas en 1890 y 1892 en la novela, eran de una singular oportunidad en 1802 y reavivaron las animosidades. *Le Journal des Debats* (Diciembre 1802) publicó un artículo firmado A., es decir, de M. de Feletz, artículo pérfido, agrídulce, lleno de arañazos, pero correctísimo, en el que el crítico de salones se hacía eco de los reproches que pronunció aquella sociedad naciente. « Nada más peligroso ni más inmoral que las teorías expuestas en esta obra... Olvidando las teorías en que ha sido educada la hija de M. Nécker, el autor de las *Opiniones religiosas* menosprecia las *revelaciones*; la hija de Madama de Nécker, la autora de una obra contra el divorcio, hace extensas apologías del divorcio. » En resumen, *Delfina* es considerada como « un libro muy malo escrito con mucho ingenio y mucho talento ». Este artículo pareció poco suficiente según, vemos, pues el mismo periódico insertó pocos días después (el 4 y el 9 Enero 1803), dos cartas dirigidas á Madama de Staël y firmadas por l' *Admirateur*, cuyo autor es M. Michaud. El hombre de talento y de buen gusto, que en su juventud escribió ataques que más tarde le hicieron sonreír, nos excusará de que anotemos tan mortificante virulencia. La primera carta trataba de los personajes de la novela que había sido juzgada inmoral; *Delfina* se ve comparada con la

(1) Ver la noticia sobre M. J. Chenier á la cabeza de sus obras por M. Daunou.

heroína de una novela indecente, la misma que ha servido en nuestros días para compararla con *Lelia*. La segunda carta está consagrada particularmente al estilo, y algunas veces tiene razón, y está escrita en un tono caballeresco bastante agradable: « ¡*Qué otro sentimiento del amor!* ¡*Qué otra vida en la vida!* Cuando los personajes reflexionan dolorosos sobre el pasado, uno exclama: *Yo he destruido mi vida*; otro dice: *He equivocado mi vida*; y el tercero añade, confirmando lo dicho por los otros dos: *Yo creía que yo solo había entendido la vida* (1). « La altura de principios, las imágenes basadas sobre las ideas eternas, el terreno de los siglos, los límites de las almas, los misterios de la suerte, las damas desterradas del amor, esta fraseología, en parte sentimental, espiritualista y ciertamente permitida, y en parte ginebrina, incoherente y muy refutable, está externamente criticada. M. de Feletz había anotado un cierto número de incorrecciones de estilo y algunas palabras como *insistance*, *persistance*, *vulgarité* que han pasado á nosotros á pesar de su veto. Se pueden encontrar en *Delfina* repeticiones, consonancias, mil pequeñas faltas frecuentes que Madama de Staël no evitaba y en las que el artista escritor no incurre nunca.

Madama de Staël, para quien la palabra rencor no significaba nada, dió amnistía más tarde al autor de *Las cartas de l'Admireur*, cuando se lo encontró en casa de M. Suard, en este salón neutro y conciliador de un hombre de talento, al que le había bastado envejecer un poco y heredar sucesivamente nombradía contemporánea, para llegar á ser importante á su vez. El periódico que M. Suard dirigía entonces, *Le Publiciste*, aunque pudo, según su costumbre molestar á *Delfina* acerca de ciertos puntos de lenguaje y de buen gusto, no entró en la querrela, y en un artículo muy

(1) Los imparciales y los curiosos podrán encontrar una justificación de Madama de Staël sobre este punto, y una buena apreciación de *Delfina*, en general, en un libro que ya he citado: *Noticia y recuerdos biográficos del conde Van Der Duyn* (1852).

sentido de M. Hochet se mostró decididamente favorable.

Hacia el mismo tiempo el *Mercurio* publicó uno firmado F, pero tan acerbo y personal, que el *Journal de Paris*, que por la pluma de M. de Villeterque había juzgado la novela muy severamente, sobre todo desde el punto de vista de inmoral, no pudo menos de publicar otro artículo extrañando el de que una prosa escrita en ese estilo se publicase en el *Mercurio* al lado de lo firmado por la Harpe y con la firma de la inicial de un nombre tan querido de los amigos del buen gusto y de la decencia. Se leía en efecto (y no he escogido el peor párrafo): « Delfina habla del amor como una bacante, de Dios como un euáquero, de la muerte como un granadero y de la moral como un sofista. » Fontanes, que era el que parecía ser el autor por la inicial, escribió al *Journal de Paris* para desvirtuar el artículo, que era efectivamente del autor de *La dote de Suzette* y de *Federico*. ¿ No hemos visto en nuestros días un desencadenamiento parecido y casi en los mismos términos contra la mujer más eminente en literatura que ha existido después de la autora de *Delfina*? En los *Debates* del 12 de Febrero de 1803, Gastón dió cuenta de un volumen in 8º de 800 páginas (¿ sería esto una broma de un folletinista?), titulado *Delfina convertida*, insertando trozos en los que hacen decir á Madama de Staël: « Acabo de entrar en la ruta que varias mujeres han recorrido con éxito; pero no he tomado por modelo ni á la *Princesa de Ulaves* ni á *Carolina*, ni á *Adela de Senange*. » Este libro calumnioso, si existe todavía, en el que la envidia fué hinchada hasta el volumen de 800 páginas, parece ser no más que un conjunto de frases disparatadas sorprendidas en Madama de Staël, zurecidas unas con otras y desnaturalizadas. Madama de Genlis, de vuelta de Altona para predicarnos la moral, hizo insertar en la *Biblioteca de las Novelas* una extensa noticia, en la que, con ayuda de explicaciones equivocadas y de interpretaciones artificiosas, presentaba á Madama de

Staël como la apologista del suicidio. Madame de Staël, que, por su parte, citaba con elogio *Mademoiselle de Clermont*, decía como toda venganza: « Ella me ataca y yo la alabo, y en esta forma se cruzan nuestras correspondencias. » Madame de Genlis le reprochó más tarde en sus *Memorias* el ser *ignorante*, lo mismo que la había tachado de inmoral. Mas perdonémosla; se arrepintió al final de una novelita titulada *Athenais*, de la que hablaremos. Una influencia amiga, la que acostumbraba á hacer milagros tan simpáticos, la había tocado en el corazón (1).

Pedimos perdón, si á propósito de una obra que tanto conmovió como *Delfina*, no nos confinamos de preferencia en las escenas melancólicas, de Bellerive en el jardín de los Campos Eliseos, y recordamos los agrios clamores de entonces, levantando el polvo de tantos años, pues es bueno, cuando se quiere seguir y representar una marcha triunfal, caminar con la muchedumbre y ver el carro de triunfo rodeado y aclamado como lo fué. La violencia llama á la represión; los amigos de Madame de Staël se indignaron y la defendieron enérgicamente. De los dos artículos publicados por Giuguené en la *Década*, el primero comenzaba en estos términos: « Ninguna novela ha preocupado tanto al público desde hace mucho tiempo como esta novela. Este es un género de éxito que no es indiferente el obtener, pero que rara vez se está dispensado de expiar. Varios periodistas, de quienes se conoce su opinión sobre un libro según el nombre del autor, se han desencadenado contra *Delfina* ó, más bien, contra Madame de Staël como gentes que no saben conducirse... Han atacado á una mujer, el uno con la brutalidad de colegio (Giuguené parece haber imputado á Geoffroy, á quien odiaba, uno de los artículos que hemos mencionado); el otro, con las burlas de un bello ingenio de baja estofa; todos con una jactancia de una cobarde impunidad. » Después de

(1) Madame Récamier.

numerosas citas de elogios, y llegando al punto de las locuciones forzadas y expresiones neológicas, Giuguené hace observar atinadamente: « No son, propiamente hablando, faltas de la lengua; pero sí vicios del lenguaje, las que á una mujer de tanto ingenio y de tanto talento no le costaría ningún trabajo, si quisiera, evitar. » Lo que Giuguené no decía, y que hubiera sido preciso oponer á las banales acusaciones de impiedad y de inmoral que gritaban muy alto los críticos groseros y pedantes, es la alta elocuencia de las ideas religiosas que se encuentran en numerosos párrafos de *Delfina*, como emulación de las teorías católicas del *Genio del Cristianismo*; así, la carta de Delfina, á Leoncio (XIV, parte 3), en la que le invita á las creencias de la religión natural y á la esperanza de inmortalidad; y así también, cuando M. de Lebensei (XVII, parte 4), escribiendo á Delfina combate las ideas cristianas de perfeccionamiento por el dolor, invoca la ley de la naturaleza que debe guiar al hombre y que es el yugo más dulce; pero Delfina no se declara convencida, no cree que el sistema bienhechor que le presentan responda á todas las combinaciones reales del destino, y que la dicha y la virtud sigan un mismo sendero sobre la tierra. Ciertamente que no es el catolicismo de Teresa de Ervins el que triunfa en *Delfina*; la dirección es deísta protestante, de un protestantismo que no difiere apenas del Vicario saboyano; mas entre los fariseos que entonces gritaban contra la impiedad, me es difícil hallar algunos para quienes, estas creencias filosóficas y naturales, no hubiesen obtenido sobre su verdadera fe una ventaja moral y religiosa inmensa. Respecto á la acusación contra *Delfina* de que atentaba al matrimonio, me parece que, por el contrario, la idea que anima todo el libro es la del deseo de dicha en el matrimonio, un profundo presentimiento de la imposibilidad de ser dichosos de otra manera, una confesión de los obstáculos contra los que con frecuencia nos estrellamos, á pesar de todas las virtudes y de todas las ternuras, en el desacuerdo social de los destinos. Esta

idea de la dicha en el matrimonio ha perseguido á Madama de Staël, como las situaciones novelescas agitan y persiguen á los corazones que se ven privados de ellas. En la *Influencia de las Pasiones*, habla con ternura en el capítulo del Amor de los viejos esposos todavía enamorados que había encontrado en Inglaterra. En el libro *La Literatura*, cita con gran complacencia ¡ los bellos versos con que termina el canto de Thomson sobre la Primavera, y que celebran esta perfecta unión, para ella demasiado ideal y demasiado lejana ! En un capítulo *De la Alemania*, diserta en tono de moralidad, más intenso cuanto más nos acercamos á la página de las circunstancias secretas que le inspiran. En *Delfina* el cuadro dichoso de la familia Belmont no representa otra cosa que el Edén doméstico, siempre envidiado por ella, presa de los huracanes de la vida. M. Nécker, en su *Curso de Moral religiosa*, gusta también hablar de esta dicha garantizada por la santidad de los lazos. Madama de Stael, volviendo fr cuentemente sobre este sueño, no tenía que ir muy lejos para encontrar imágenes de él; su alma, al salir de su cuerpo, tenía muy cerca en qué posarse; á falta de su propia dicha se acordaba de la de su madre y proyectaba y veía la de su hija (1).

Pero, después de todo, y no obstante toda justificación, *Delfina*, preciso es reconocerlo, es una lectura que turba y que no aconsejariamos á la inocencia perfecta; aunque también es un alerta salutaria del sentimiento, para las almas que los cuidados de la vida y el desencantamiento árido tienden á invadir. ¡ Dichosa turbación que nos tienta á renacer las emociones del amor y la facultad de abnegación de los pocos años !

Como agradecimiento por la buena conducta de la *Década* y por la ayuda que había encontrado en todos los escritores literatos y filósofos de esta escuela,

(1) Madama la duquesa de Broglie, tan prematuramente arrebatada á la dicha de la familia, fué venerada siempre por cuantos la conocieron.

Madama de Staël ha hablado bien de ellos siempre en sus escritos. Aparte de *Chenier*, para el que se ha mostrado severa en sus *Consideraciones*, no ha nombrado á ninguno de este grupo literario y filosófico más que honrándolos y como recuerdos de una antigua alianza. Mas su destierro, al final de 1803, sus viajes, su vida de señora feudal en Coppet, sus relaciones aristocráticas, todo esto la hizo abandonarse á otra esfera en la que perdió la inspiración del año III que hemos intentado revivir. Obligada á alejarse de París, dirigióse á Alemania, ejercitándose en aprender el alemán. Visitó Weismar y Berlín, conoció á Goethe y á los príncipes de Prusia. Entonces amasaba los primeros materiales de la obra y en su segundo viaje en 1807 y 1808 los completó. Lanzarse así de un primer salto á los bordes del Rin, era romper bruscamente con Bonaparte, irritarlo; era romper también con las costumbres de la filosofía del siglo XVIII que acababa de abrazar en una selección tan ruidosa. Así se comportan los grandes genios; cuando se los cree en un extremo se ve que están en el otro polo. Como los activos é infatigables generales, encienden hogueras en las alturas, y se les supone acampados detrás cuando ya están á muchas leguas de aquellos lugares y nos atacan por los flancos. La muerte de su padre la obligó á regresar rápidamente á Coppet. Después del primer duelo de los funerales y de la publicación de los manuscritos de M. Nécker, Madama de Staël marchó nuevamente para visitar Italia. El amor hacia la naturaleza y hacia las Bellas Artes nació en ella bajo este nuevo cielo (1). *Delfina* confiesa en alguna página que le

(1) El gusto por las Bellas Artes fué en Madama de Staël algo adquirido, de exótico, y como una planta que no creció nunca en campo descubierto. Su estado natural de espíritu está muy bien pintado por Goethe en una carta que escribió desde Weimar, el 27 de Febrero de 1804, á su amigo el compositor Zelter, que vivía en Berlín : « El profesor Wolf y el consejero Muller han permanecido quince días en Weimar; Woss ha pasado algunos días, y he aquí que hace algunas semanas que tenemos la dicha de poseer á Madama de Staël. Esta mujer extraordinaria va pronto á Berlín y yo le daré una carta para

gusta poco la pintura, y cuando se pasea en sus jardines se entusiasma más con las urnas cinerarias y con las tumbas que con la naturaleza. Pero este ambiente de vapores de otoño que flota sobre el horizonte de Bellerive se aclara ante el horizonte puro de Roma; todos los dones, todas las musas que cortejan á Corina se apresuran á brotar (1).

## ROME

### ELEGIE

Au sein de Parthénope as-tu goûté la vie ?  
Dans le tombeau du monde apprenons à mourir !  
Sur cette terre, en vain, splendidement servie,  
Le même astre immortel règne sans se couvrir :

En vain, depuis les nuits des hautes origines,  
Un ciel inaltérable y luit d'un fixe azur,  
Et, comme un dais sans plis au front des Sept-Collines,

S'étend des monts Sabins jusqu'à la tour d'Astur :

Un esprit de tristesse immuable et profond  
Habite dans ces lieux et nous suit pas à pas;  
Hors l'écho du passé, pas de voix qui réponde;  
Le souvenir vous gagne, et le présent n'est pas.

Accouru de l'Olympe, au matin de Cybèle,  
Là, Saturne apporta l'anneau des jours anciens :

ti. Ve en seguida á verla, es muy sencilla en su manera de vivir, y sus composiciones musicales le serán seguramente muy agradables, aunque la literatura, la poesia, la filosofia y cuanto se relaciona con ellas la interesan más que las demás artes.

(1) Durante su estancia en Roma (1805) M. Aug.-Wil. de Schlegel, que acompañaba á Madama de Staël, debió dedicarle la Elegia titulada *Roma* en endecasílabos. Hemos intentado reproducir las siguientes estrofas suprimiendo la historia entera y detallada de Roma, que es la parte principal en la obra alemana y que está escrita en el estilo grave de los *Fastos*; pero el tono del principio y el final que se refiere á Madama de Staël han sido conservados tanto como hemos podido. Es sabido que la *Pyramide de Cestius* indica el cementerio de los protestantes. (Dejo tal como tradujo esta poesia Sainte-Beuve, espero de complacer á los lectores que le comprendan, mas para aquellos que no, inserto la traducción en prosa. (Nota del Traductor).

Janus assis scella la chaîne encor nouvelle;  
Vinrent les longs loisirs des Rois arcadiens.

Et sans quitter la chaîne, en descendant d'Evandre,  
On peut, d'or ou d'airain, tout faire retentir :  
Chaque pierre a son nom, tout mont garde sa cendre,  
Vieux Roi mystérieux, Scipion ou martyr.

Avoir été, c'est Rome aujourd'hui tout entière.  
Janus ici lui-même apparaît mutilé;  
Son front vers l'avenir n'a forme ni lumière,  
L'autre front seul regarde un passé désolé.

Et quels aigles pourraient lui porter les augures,  
Quelle Sibylle encor lui chanter l'avenir ?  
Ah ! le monde vieillit, les nuits se font obscures...  
Et nous venus si tard, et pour tout voir finir,

Nous, rêveurs d'un moment, qui voulons des asiles  
Sans plus nous émouvoir des spectacles amers,  
Dans la Ville éternelle il nous sèrait, tranquilles,  
Au bout de son déclin, d'attendre l'Univers.

Voilà de Cestius la pyramide antique;  
L'ombre au bas s'en prolonge et meurt dans les tombeaux.  
Le soir étend son deuil et plus avant m'explique  
La scène d'alentour, sans voix et sans flambeaux.

Comme une cloche au loin confusément vibrante,  
La cime des hauts pins résonne et pleure au vent :  
Seul bruit dans la nature ! on la croirait mourante;  
Et, parmi ces tombeaux, moi donc suis-je vivant ?

Heure mélancolique où tout se décolore  
Et suit d'un vague adieu l'astre précipité !  
Les étoiles au ciel ne brillent pas encore :  
Espace entre la vie et l'immortalité !

Mais quand la nuit bientôt s'allume et nous appelle  
Avec ses yeux sans nombre ardents et plus profonds,  
L'esprit se reconnaît, sentinelle fidèle,  
Et fait signe á son char aux lointains horizons.

C'est ainsi que ton œil, ó ma noble Compagne,  
Beau comme ceux des nuits, á temps m'a rencontré;  
Et je reçois de Toi, quand le doute me gagne,  
Vérité, sentiment, en un rayon sacré.

Celui qui dans ta main sentit presser la sienne  
Pourrait-il du Destin désespérer jamais ?

Ri en de grand avec toi que le bon n'entretienne,  
Et le chemin aimable est près des hauts sommets.

Tant de trésors voisins, dont un peuple se sèvre,  
Tentent ton libre esprit et font fête à ton cœur.  
Laisse-moi découvrir son secret à ta lèvre,  
Quand le fleuve éloquent y découle en vainqueur !

De ceux des temps anciens et de ceux de nos âges  
Longtemps nous parlerons, vengeant chaque immolé;  
Et quand, vers le bosquet des pieux et des sages,  
Nous viendrons au dernier, à ton père exilé.

Si ferme jusqu'au bout en lui-même et si maître,  
Si tendre au genre humain par oubli de tout fiel,  
Nous bénirons celui que je n'ai pu connaître,  
Mais qui m'est révélé dans ton deuil éternel !

## ROMA

### ELEGÍA

¿ En el seno de Parténope, has saboreado la vida? ¿ En la tumba del mundo aprendemos á morir ! Sobre esta tierra, espléndidamente servida, en vano, el mismo astro inmortal reina sin obscurecerse; en vano, desde las noches de nuestro remoto origen, un cielo inalterable luce con un azul siempre igual, y como un dosel sin pliegues se extiende frente á las *Siete Colinas* desde los montes Sabinos hasta la torre de Astur. Un espíritu de tristeza inmutable y profundo habita en estos lugares y nos guía paso á paso, fuera del eco de lo que fué, no se escucha ni una voz; el recuerdo se apodera de nosotros y el presente no existe. Llegado del Olimpo, una mañana de Cibeles allí, Saturno, llevó el anillo de los días remotos, Juno, sentada, afirmó la cadena recién hecha. Vinieron luego las holganzas de los Reyes de la Arcadia. Y sin abandonar la cadena, al bajar del Evandro se puede hacer que todo se conmueva : cada piedra tiene su nombre, todo monte guarda sus cenizas, viejo Rey misterioso, Scipión ó mártir. *Haber sido*, esta es la Roma de hoy; la propia Juno parece mutilada aquí, su frente hacia el porvenir no tiene ni forma ni luz y sólo mira con desolación al pasado. Algunas águilas podrían decirle sus augurios. ¿ Qué Sibila le podría contar el porvenir? ¡ Ay ! El mundo envejece, las noches se hacen más oscuras, y nosotros que llegamos tan tarde para ver como todo acaba. Nosotros soñadores de un momento, que queremos asilos sin causar espectáculos amargos, en la Ciudad Eterna deberíamos esperar tranquilos el declinar del Universo. He aquí de Cestins la antigua pirámide; hasta abajo se prolonga su sombra y muere en las tumbas. La noche se cubre en duelo, y luego explica le escena de desaliento sin voces ni antorchas.

Como una campana que vibra lejana, las copas de los pinos resuenan y lloran movidos por el viento. ¡ Este es el sólo ruido de la naturaleza ! Se la creería moribunda, y entre estas tumbas yo soy el solo ser que vive. ¡ Hora melancólica en la que todo pierde su color y que dice adiós al astro que luce ! ¡ Las estrellas no brillan en el cielo todavía y este es el espacio entre la vida y la inmortalidad ! Mas cuando la noche se ilumina y nos llama con sus infinitos ojos ardientes y profundos, el espíritu se encuentra en su puesto como fiel centinela, llama á su Carro que se halla en los horizontes lejanos. ¡ Oh, noble Compañera ! Tus ojos tan bellos como los de la noche me han encontrado á tiempo. Cuando la duda me embarga, recibo de ti verdad y sentimiento en un rayo sagrado. Aquel que en tu mano siente presa la tuya, ¿ podrá desesperar nunca del Destino? Contigo nada hay grande que el bueno no comprenda. El camino agradable está cerca de las sierras. Tantos tesoros vecinos de que un pueblo se envanece, tientan á tu ingenio y festejan á tu corazón. ¡ Déjame descubrir sus secretos en tus labios cuando el effluvio elocuente salga vencedor ! De aquellos de los tiempos antiguos y de estos de estas edades largo tiempo hablaremos, vengado á cada inmolado, y cuando entremos en el bosque de los piadosos y de los sabios al último á quien nos acercaremos será tu padre desterrado, tan firme y tan sereno, de tanta ternura para con el género humano por olvido de toda ofensa. Bendeciremos al que yo no he podido conocer, pero que se me ha revelado en tu eterno duelo.

De regreso á Coppet, en 1805, y ocupándose de escribir su novela-poema, Madama de Staël no pudo vivir más tiempo lejos de este centro único de París, en el que había brillado y en el que aspiraba á la gloria. Entonces se manifiesta en ella esa inquietud creciente, ese *mal de la capital*, que amengua sin duda la seriedad de su destierro pero, que traiciona la sinceridad apasionada de su corazón. Una orden de la policía la echó á cuarenta leguas de París y sin cejar, instintivamente, como la mosca se choca contra el cristal zumbando, llegaba á este fatal límite á Auxerre, á Chalons, á Blois, á Saumur. Sobre esta circunferencia que describe, y que quiere romper, su marcha desigual con sus amigos llega á ser una hábil estrategia, podríamos decir una partida de ajedrez que juega contra Bonaparte y Fouché, representados por un prefecto más ó menos rigorista. Cuando puede instalarse en Rouen ha ganado algunos puestos en el tablero geométrico. Mas estas ciudades de provincia, ofrecen pocos recursos á un espíritu tan activo, tan envidioso del acento y de



las palabras de la verdadera Atenas. El desprecio hacia las pequeñeces y las medianías, la ahogaba; y examinaba y comentaba hasta la saciedad la bonita obra de Picard. La admirable conversación de Benjamín Constant conjuraba con trabajo este ambiente de tristeza: « El pobre Schlegel — decía ella — se muere de fastidio; Benjamín Constant sale del apuro con los animales. » Viajando, más tarde, en 1808, por Alemania, decía: « Todo lo que veo aquí es mejor, más progresivo y más instruido, acaso, que Francia. En las provincias no decía esto, ó es que sólo lo decía de París, que era lo único que existía para ella. Por fin, gracias á la tolerancia de Fouché, que tenía por teoría el hacer menos mal posible cuando no era útil, pudo instalarse Madama de Staël á dieciocho leguas de París (¡qué conquista!) en Acosta, en una posesión de Madama de Castellane, y desde allí vigiló la impresión de *Corina*. Al enviar las pruebas de su obra debió repetir con frecuencia como Ovidio: « Ve libro mío, libro de dicha que vas á la ciudad sin mí! — ¡Oh el arroyuelo de calle de Bac! (1) exclamaba cuando le enseñaban el espejo de Lemán. En Acosta, como en Coppet, tendía sus brazos hacia esta orilla tan cercana (2). El año 1806 le pareció demasiado largo para tal suplicio y una noche llegó á París previniendo á muy pocos amigos de su viaje. Se paseaba por las tardes y por las noches

(1) Madama de Staël vivió antes de su destierro en la calle de Grenelle-Saint-Germain cerca de la calle del Bac.

(2) El gusto por la naturaleza campestre no fué nunca esencial en Madama de Staël, y esta idea fija de la calle del Bac le impedía todo regocijo. Paseándose un día por Acosta, con Schlegel y Fauriel, este último, demostró gran admiración por un panorama: « ¡Ah, mi querido Fauriel — dijo ella — usted tiene todavía los prejuicios del campo! » Y al observar que había dicho algo muy extravagante trató de enmendarlo con una sonrisa. Más tarde, bajo el Imperio, hablando un día con M. Molé se extrañaba de que á un hombre de tanto talento le gustase el campo, y dijo: « Si no fuese por respeto á lo humano, no abriría mi ventana para ver la bahía de Nápoles una vez, y en cambio soy capaz de andar cincuenta leguas para ir á hablar con un hombre de ingenio á quien no conociese. » De esta manera expresaba la preferencia que sentía por las charlas y las relaciones sociales sobre la naturaleza.

á la claridad de la luna, no atreviéndose á salir en pleno día. Mas durante esta aventurada excursión le acometió un violento deseo, un capricho imperativo de ver á una noble dama, antigua amiga de su padre, Madama de Tessé, la misma que decía: « Si yo fuese reina, ordenaría á Madama de Staël que me hablase constantemente. » Esta señora, entonces de edad muy avanzada, se asustó ante la idea de recibir á Madama de Staël proscrita, y el resultado de todos estos manejos fué que Fouché supo su estancia en París. Fué preciso abandonar la ciudad y no arriesgarse ya más á paseos á la luz de la luna por los muelles del río y por la plaza de Luis XV, tan familiar á Delfina. En seguida, la publicación de *Corina* vino á confirmar y á redoblar los rigores del destierro para Madama de Staël (1). La encontramos en Coppet, en donde se nos aparece en el centro de su corte majestuosa.

Lo que la estancia en Ferney fué para Voltaire, fué la de Madama de Staël en Coppet; pero con más aureola de poesía y de grandiosa existencia. Los dos reinan en el destierro, pero él en su llanura, en su castillo un poco raquítico, rodeado de jardines talados y sin sombra. La influencia de Coppet (*Tancredo* y *Amenaida* aparte), es la de Juan Jacobo continuada y ennoblecida, que se instala y reina cerca de los mismos lugares que su rival. Coppet se opone á Ferney y casi

(1) Las pruebas de la dureza con que fué tratada no pueden ser discutidas. Se lee en la *Correspondencia* impresa de Napoleón, al principio de una carta del Emperador á Cambaceres escrita en Ostende el 27 de Marzo de 1807, lo siguiente: « He escrito al ministro de Policía que mande á Madama de Staël á Ginebra dejándola la libertad de ir al extranjero cuando le plazca. Esta mujer continúa intrigando. Se ha acercado á París á pesar de mis órdenes. Es una verdadera plaga. Mi deseo es que habléis seriamente con el ministro, pues si no, me verá obligado á que la gendarmería se haga cargo de ella. Viglad también á Benjamín Constant, y á la primera cosa en que se mezcle le enviaré á Brunswick á casa de su mujer (?). No quiero que formen prosélitos que me obligaran á castigar á buenos ciudadanos. » Napoleón finge que considera á Madama de Staël como extranjera y lo mismo fingía para con Benjamín Constant. Esto se reparó durante los Cien Días.

le destrona. Nosotros, todos de este siglo, juzgamos á Ferney al descender de Coppet. La belleza del lugar, los bosques que le prestan sombra, el sexo del poeta, la gloria de los nombres, los paseos por el lago, las mañanas del parque, los misterios y las tempestades inevitables que suponemos, todo contribuye á que la imagen de Coppet se nos aparezca encantadora.

Coppet, es el Eliseo que todos los corazones hijos de Juan Jacobo hubieran prestado naturalmente á la Castellana de sus ensueños. Madama de Genlis, vuelta de sus primeros errores y queriendo repararlos, probó pintar en una novela titulada *Athenais ó el Castillo de Coppet en 1807* (1), las costumbres y algunas complicaciones delicadas de esta vida, que desde lejos nos figuramos á través de un encanto. Pero no se debe buscar una pintura fiel en esta producción, desde luego agradable; las fechas son confusas, los personajes agrupados, los papeles con retoques; M. de Schlegel se torna en grotesco, sacrificado, sin gusto ni medida; finalmente el conjunto se presenta bajo una falsa luz romántica que altera á nuestros ojos tanto la verdadera poesía como la realidad. Para mí, preferiría algunos detalles precisos, sobre los cuales, la imaginación de los que no los han visto se complacería en soñar lo que pudieron ser. La vida de Coppet era una vida de Castillo, frecuentemente había hasta treinta personas, extraños y amigos; los más habituales eran Benjamín Constant, M. Auguste Wilhemde Schelgel, M. de Salván, M. de Sismondi, M. de Bonstetten, los barones de Voght, de Balk, etc., cada uno llevaba una ó varias veces á M. Mathieu de Montmorency, M. Prosper de Barante, al príncipe Augusto de Prusia, la belleza célebre recién designada por Madama de Genlis bajo el nombre de *Athenais*, una muchedumbre de personas de buena sociedad, conocidas en Alemania ó en Ginebra. Las conversaciones filosóficas, literarias siempre picarescas ó elevadas empezaban ya á las

(1) Imprenta de Julio Didot, 1832.

once de la mañana, al reunirse para almorzar. Se continuaban durante la comida, en el intervalo de la comida á la cena la que tenía lugar á las once de la noche, y aun muchas veces se prolongaba hasta después de media noche. Benjamín Constant y Madama de Staël eran las primeras voces. Era allí donde Benjamín Constant, que nosotros, más jóvenes, apenas no le hemos visto sino estragado, dejando sus chanzas demasiado inveteradas por un entusiasmo un poco artificial, hablador prodigiosamente ingenioso, pero cuyo ingenio había al fin heredado de los otros, facultades y pasiones más potentes (1); fué allí donde se mostró con pasión y naturalidad, por lo que Madama de Staël le proclamó sin titubeo, *el primer ingenio del mundo*. Era, ciertamente, el más grande de los hombres distinguidos. Por lo menos, el ingenio de los dos siempre estaba de acuerdo; ambos seguros de entenderse. Nada, según los testigos, tan deslumbrador y superior como su conversación trabada en círculo tan escogido, teniendo cada uno la raqueta mágica del discurso y enviándose mutuamente durante horas, sin una falta, el volante de mil pensamientos entrelazados. Pero no hay que creer que todo fuese allí sentimental ó solemne; se estaba casi siempre, sencillamente alegre; Corina tenía días de abandono en que se parecía á la *signora Fantastici*. Se representaban frecuentemente en Coppet, tragedias, dramas ó piezas caballerescas de Voltaire, *Zaira*, *Tancredo*, tan preferida de Madama de Staël, ó piezas escritas expresamente por ella ó por sus amigos. Estas últimas se imprimían algunas veces en París para que pudiesen aprenderse más cómodamente los papeles. El interés que ponían en esos envíos era vivo, y cuando avisaban que había graves correcciones, se expedía á toda prisa un correo, y en ciertas ocasiones un segundo para alcanzar ó modificar

(1) En esta disposición de espíritu, más fina y zumbona de lo que fuera de desear, fueron escritas por él algunas páginas que se encontrarán en el *Libro de Ciento uno*, tomo VII.